



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XV Núm. 67	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca). — Obispo Vila, 24	FEBRERO 1926
-------------------	--	-----------------

CUARESMA

NUESTRA Madre la Iglesia instituyó la Santa Cuaresma, tiempo de regeneración y renovación espiritual, en memoria del riguroso ayuno guardado por Nuestro Señor Jesucristo, quien no probó bocado alguno, por espacio de cuarenta días y otras tantas noches.

Conducta del Cristiano. Siendo el cristiano un discípulo de Jesucristo, procede que durante el curso de la vida, y en particular en la Cuaresma de cada año, imite sus ejemplos, practique sus virtudes; lo cual conseguirá si se retira de lugares peligrosos, si guarda la ley de la abstinencia y del ayuno y se dedica más a la oración.

Maceración de la carne. La maceración de la carne nos es tan necesaria, que Jesucristo nos la en-

señó con su ejemplo y nos la inculcó con sus palabras. No exhortaba a las diversiones y al jolgorio, sino a la mortificación.

Las palabras: *cruz y penitencia*, aparecen repetidas veces en las páginas del santo evangelio como cosa mandada.

Diversiones en Cuaresma. No cabe pues duda, que el cristiano, para ser tal, debe hacer penitencia y no rechazar jamás la cruz que el Señor tenga a bien enviarle.

Desdice, pues, del cristiano el que, en tiempo tan sagrado, asista a bailes, cines, teatros, y otras diversiones similares; aunque se le permiten los juegos inocentes.

Aberración inconcebible. ¡Qué aberración más inconcebible! Divertirse un cristiano en lugares peligrosos y entregarse a los excesos de la comida y bebida, precisamente en el tiempo que el inocentísimo Señor y Maestro practi-

ca ayuno riguroso y está orando por nosotros.

Verdaderamente el criterio cristiano está atrofiado y vaces perdiendo el sentido con ún.

Tiempos anteriores. Uno no puede menos de añorar los tiempos pasados en que, no había ni un solo teatro abierto al público durante la Cuaresma y los cines eran completamente desconocidos.

No nos forjamos la ilusión de que nuestros mayores eran impecables; pero tenían criterio y sus sentimientos cristianos les impedían a abstenerse de diversiones peligrosas, en especial en tiempo de Cuaresma.

Resurgimiento. Los que vivimos hoy y nos preciamos de discípulos del Sagrado Corazón de

Jesús, unánimos y formemos una Liga Santa, trabajando incansables para que tornen los tiempos anteriores de fe.

A este fin no sólo no asistiremos a espectáculos profanos, mas o menos peligrosos, en Cuaresma, sino que además, nos valdremos de nuestra autoridad o influencia para impedir que vayan otros, como hijos, criados, subalternos, amigos.

Si esto logramos, merecemos la bendición de Dios y de los hombres; si no la alcanzamos recibiremos la misma recompensa de manos del Señor, quién nos ha de remunerar, no según el fruto, sino conforme al trabajo realizado por su gloria.

X.

MI CRUCIFIJO

COMO el que quiere ver, quiere luz en todos los sitios, como el que está débil lleva el báculo a todas partes, como el que quiere vivir y amar lleva siempre su corazón en el pecho, así a ser posible, quisiera yo como cristiano, tener sin cesar en todas partes el crucifijo. En mi habitación quiero tenerlo a mano de modo que cuando escriba, esté sobre mis papeles; cuando lea, junto a mi libro; cuando ore, en mi reclinatorio; cuando duerma, bajo mi almohada; cuando

estudie, ante mis ojos; cuando rece, entre mis manos; cuando padezca, sobre mi pecho, y cuando le ame, en mis labios.

¿Quién mejor para confidente de mis secretos, que ese a quien tantos han confiado los suyos? ¿Quién mejor para escuchar mis oraciones, que ese a quién toda la Iglesia pone en todos los altares para escucharlas? ¿Quién mejor para perdonarme, que ese que tan acostumbrado está a perdonar? ¿Quién mejor para recibir mis besos, que esas llagas que han besado todos los santos y todos los pecadores arrepentidos?



Disfraces diabólicos

SUCEDIÓ en una ciudad de Italia en una época de Carnaval un caso muy chusco.

En aquella población, algunos sujetos enemigos de la Religión se disfrazaron, en esos días de disolución, de frailes, con la intención, nada buena, de dar escándalo con sus gestos y acciones en descrédito de los Ministros del Culto.

Al ver tan inicua profanación, unos avisados jóvenes *Luses* tuvieron un pensamiento magnífico, que en seguida pusieron por obra.

Disfrazáronse, a su vez, de *demonios*, y, provistos de fuertes garrotes, fueron en busca de los *presuntos* frailes, propinándoles tal tunda de palos y garrotazos, que al poco rato vióse la ciudad limpia de falsos ensotanados.

La razón que aquellos animosos jóvenes daban a quien les preguntaba el por qué de su proceder, era invariablemente: Sabido es que el demonio es mortal enemigo de curas y de frailes. Fingir por fingir, no hemos hecho otra cosa que satisfacer nuestro instinto *diabólico!*

La respuesta, por lógica, tumba de espaldas al más pintado.



María busca a Jesús

(DIÁLOGO)

¿Quiéres decirme, doncella hermosa,
Tú que estas calles cruzas veloz,
Dó está el gracioso muchacho mío
Que fatiga la buscando voy?

—Mil y mil niños triscar he visto;
De todos ellos sé la mansión;
De todos, niña, rodé las cunas;
A todos besos les dí de amor.

—¿Y de mi hijuelo, garrido, airoso,
A tus oídos nada llegó?

—Dicen que el templo, do arguyen
[sabios,
Un sabio niño se encaminó.

—¡Ay infelice! ¡si será el mío!
¿Es bello?—Bello, cual bello sol.
—¿Negras las trenzas tiene y los ojos?
Así la fama lo divulgó.

Nieve es su frenté, su cuello rosa,
Púrpura y nácar sus labios son.

—Bienes el cielo te dé, doncella,
Más que suspiros llorando doy.

Al fin, dichosa, veré a mi Amado
Por quien palpita mi corazón.

J.



EL DÍA, LA NOCHE Y LA AURORA DEL HOMBRE

MARAVILLOSO debió ser sin duda el día primero del hombre. Al recibir de su Criador el soplo de vida alzóse Adán de la arcilla de que Dios le había formado. La frondosa alfombra de reciente y oloroso césped que se extendía a sus plantas le invitaba con el bullir de las innumerables florecillas de que estaba salpicado, a recorrer el paraíso. Echó a andar, y mil variados árboles de elegantísima figura, formándole un dosel de fragante y plácida sombra, en sus ramas adornadas de flores le alargaban sazonados frutos. Acudían de todas partes las aves a saludarlo, acercándose para que su dueño rizase sus tornasoladas plumas, mientras agradecidas le entonaban torneadísimos gorjeos. No se espantaban la gacela, ni se irritaba el tigre; sino que juntos ambos con otras mil especies de bellísimos animales, venían mugiendo suavemente a lamerle sus plantas. Iba visitando el primer hombre su palacio en medio de todos los vivientes agrupados a su alrededor, coronado de una aureola de insectos que revoloteando en torno de su frente agitaban al sol sus alas de oro y nácar, y arrullaban el oído con suavísimo murmullo, saludado por el rumor de las hojas que bullían a su paso, y festejado por las riberas del Tisón y del Eufrates, que al verle empezaron a formar mil juegos con sus aguas, ora la rauda corriente que trenza sus cordones de cristales, ora el verdinegro remanso que al cabo se deshace en plateada catarata, ya

las redondas y temblantes gotas, ya el ténue hilo de plata que acaricia el césped. En medio se alzaba sobre todo cuanto se puede decir hermosísimo, el árbol de la vida, que solo nuestros primeros padres contemplaron.

Hermosísimo estaba todo. Iluminado por un sol de primavera, que sujetaba en el cenit como un broche de oro el pabellón azul que se desplegaba por todo el cielo, y llovía sobre toda la tierra impalpable y finísimo polvo de luz de todos los colores, con los cuales aparecía pintada toda la naturaleza.

Mas, avanzaba la tarde. El sol declinaba, la luz disminuía, los matices de las cosas palidecían. Y se hundió en el horizonte, y los colores desaparecieron, los cuadrúpedos se retiraron a su reposo, las aves se esparcieron por las ramas, los insectos se escondieron en las hojas, el aire paró su vuelo y toda la naturaleza perdió su esplendor. Un inmenso cortinaje negro tachonado de puntos brillantes se había corrido por todo el espacio. La noche era hermosa, pero al fin y al cabo era noche.

Y duraba y duraba, hasta que allá, por el lado opuesto al sitio por donde se había hundido el sol, empezó casi sin sentirlo a descogerse otra vez por el cielo una luz muy parecida a la del día anterior.

Era el alba matutina, suavísima, fresca, sin mancha, rica y delicadamente matizada. No era su brillo el esplendor del sol, pero se le parecía mucho. La naturaleza recobraba el mismo colorido que ayer, los animales volvían a acompañar a su dueño, las aves salían de la enramada a saludarlo, los

insectos se desprendían de sus hojas a festejarlo, el viento volvía a ir y venir despertando a todo el paraíso, y ¡oh ventura! detrás del alba aparecía el mismo sol radiante como ayer, bañando el paraíso de más luz y nutriendo la naturaleza de más vida que el día primero.

He ahí la historia del primer día del hombre.

Ved ahora la historia de la humanidad. Primero el día; el paraíso alumbrado por el estado de justicia original. Luego, cometido el pecado de Adán, la larga noche de la naturaleza caída, alumbrada es verdad por las estrellas de la tradición y de las profecías, pero al fin y al cabo noche. *Mas por fin allá en Nazaret, por donde menos se esperaba; sin conocerlo casi nadie, la aurora matutina del Sol de justicia, la inmaculada aparición de la Virgen María.*

Ved ahora la historia de muchos cristianos. Primero el día: el

paraíso de la infancia alumbrado por el sol de la inocencia. Luego, tras la primera caída, la noche a veces muy larga del pecado y del remordimiento, alumbrada también por las inspiraciones divinas. Pero la devoción a María es la aurora del día de la conversión, tras de la cual viene el sol de la gracia y la alegría del cielo.

He aquí cómo María es nuestra esperanza, el principio de nuestra dicha, y pudiéramos decir, todo nuestro bien por participación y voluntad de Dios, supuesto que así como irremisiblemente después del alba viene el día, y después de la aurora el sol, así, si tenemos el patrocinio de María, tendremos la gracia de Dios.

Por eso toda la Iglesia tiene gran confianza en María: por eso todo el pueblo católico la saluda continuamente diciendo: «Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra.»

X.



BIBLIOGRAFIA


Número extraordinario de EL PROPAGADOR CIUDADELANO DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS, publicado por el Centro local del Apostolado de la Oración.

Recibimos, en su día, un ejemplar de la benemérita e interesantísima publicación que el activo Centro local del Apostolado de Ciudadela, publica mensualmente, y que en este año ha entrado en el vigésimo quinto año de su vida perio-

dística. Con tal motivo «El Propagador» ha hecho un verdadero alarde de esplendidez. Las mejores firmas literarias de esta ciudad han prestado su concurso, y el número extraordinario resulta digno del acontecimiento que celebra.

Al pedir al Divino Corazón bendiga al simpático compañero en la prensa, hacemos votos para que continúe, con el mismo ardor hasta ahora demostrado, en la propaganda de la Devoción al Corazón Deífico, a la que está consagrada.

E. C. L.



Efectos de la Confesión

EN este santo tiempo de Cuaresma y como contestación a las soflamas de los incrédulos que suelen burlarse de la confesión sacramental, plácenos transcribir el hecho que a continuación insertamos, to.nándolo de una acreditada Revista Religiosa. Cuenta el suceso un Párico de París:

«Encontraba muy a menudo a un empleado del Banco de Francia que me saludaba con notable distinción. Acerquémele un día y le pregunté si me conocía, añadiendo que los curas son una reducida clientela del Banco.

—En verdad es así, me respondió él, pero fué con un cura con quien hice un buen negocio.

—¿Y como fué?

—Es una historia algo larga.

—No importa, me la cuenta V. mientras vamos andando.

—De buena gana, pues no estoy obligado a ningún secreto. Ya sabe V. que nuestro empleo no quiere distracciones. Hará cosa de quince años que tuve una que por poco me cuesta muy cara.

Volvía al Banco, después de mi acostumbrado giro, para pasar cuentas con la caja y ¿adivine V. lo que descubrí? un desfaldo de diez mil francos. Diez billetes perdidos. Volví a recorrer el camino andado, busco, pregunto, y no hallo rastro de mis billetes. Aquella noche no cerré los ojos. Al día siguiente volví a mis pesquisas, pero fué en vano; y tuve que resignarme a contar el hecho al cajero, que compadecido de mí, concedióme un mes de tiempo para pagar mi deuda. Fué aquel para mí un mes de an-

gustias; pero afortunadamente había yo reunido algún dinerillo que debía formar el dote de mi hija. Perder esta mota no dejaba de ser cruel. Pasáronse tres semanas y doy órden de vender mis acciones. Ya puede figurarse la dolorosa sorpresa de mi hija que estaba para unirse con un buen jóven. El padre de éste, al saber que estaba arruinado por tal pérdida, se opuso al convenido enlace. Mi pobre María, al saberlo prorrumpió en copioso llanto, más como era buena, se resignó. No obstante no dejaba yo de observar como ella iba perdiendo de día en día y todos los de la familia sufríamos mucho. Los amigos viéndome tan afligido, me aconsejaban que consultase un espiritista que estaba entonces muy en boga.

—¿Y se dejó tentar V.? le pregunté.

—Desesperado como estaba, hubiera aceptado cualquier camino para salir del apuro, pero mi mujer me lo quitó de la cabeza, diciendo con razón que Dios no me habría bendecido, si yo emplease medios prohibidos por la Iglesia.

Resignéme. pues, y vendidas mis acciones, iba ya a pagar, cuando una tarde se me presenta un sacerdote desconocido que me preguntó:

—¿Ha perdido V. dinero?

—Sí, señor, respondí todo conmovido: el día 5 del corriente, entre doce y cuatro de la tarde, perdí diez billetes de mil francos.

—Helos aquí, respondió él entregándome los.

Y yo sin atender a respetos, me eché al cuello de aquel buen hombre y lo abracé con mucho afecto.

El no me dió ninguna explicación ni yo se la pedí: tenía en mi poder el dinero, que era lo esencial; y por otra parte no dejé de conocer que se trataba de un secreto de confesión

Desde aquel día en adelante

comprendí que los que desprecian la Religión muchas veces no la conocen; que los sacerdotes pueden siempre ser útiles y que la confesión no deja de ser muy útil.

Por la versión,
J. LE BRIZ.



El descanso en los días festivos

SEGÚN EL JUICIO DE INSIGNES
ESCRITORES PERTENECIENTES A
TODAS LAS CREENCIAS
Y CONFESIONES, DE INCRÉDULOS,
Y DE CORPORACIONES

«El uso de la semana y el respeto al séptimo día se encuentra en casi todos los pueblos.»

(*Josefo, historiador judío del tiempo de Jesucristo.*)

«La semana, desde la más remota antigüedad, circula a través de los siglos, y, lo que es más notable, se encuentra igual en todo el orbe.»

(*Laplace, incrédulo del siglo pasado, en su Exposición del sistema del mundo.*)

«En la santificación y celebración del Domingo está contenido el principio más fecundo de nuestro futuro progreso... Las clases trabajadoras están vivamente interesadas en la fiesta dominical y en su conservación.»

(*Proudhon.*)

«El descanso del domingo es el primer precepto de la higiene, y facilita el medio de apreciar lo que un pueblo tiene de sentido común y cómo avanza en la cultura.»

(*Doctor Paul Niemeyer, Profesor de Higiene en Berlin.*)

«La industria y el comercio han si-

do hechos para el hombre, y no el hombre para la industria y el comercio »

(*Montalembert.*)

«El descanso es el padre del movimiento, generador de la fuerza y compañero del trabajo. El descanso, tomado moderadamente y en tiempo útil, sostiene el valor, fortifica la voluntad, y hace invencible la virtud. Lo que importa es su periodicidad fija y regular; que conste de intervalos iguales la sucesión de las obras y de los días.»

(*Proudhon.*)

«Nada semejante a la institución del sábado. Antes y después del legislador del Sinaí, fué conocido y ejecutado entre los hombres. El domingo, sábado cristiano, cuyo respeto parece haber disminuido, debe revivir en todo su esplendor.»

(*Proudhon.*)

«El descanso del domingo, a más de ser un deber religioso, es un deber humano, que tiene por objeto proteger la salud y la vida. Desgraciado el jornalero que no santifica el domingo, pues pagará caro el dinero ganado de una manera culpable en un día que debe ser de descanso.»

(*Paolo Mantegazza, Profesor de Medicina.*)

«Un pueblo que reza es un pueblo que se levanta, y cuando este pueblo

santifica las fiestas, lleva consigo la verdad y la salvación del mundo »

(Mons. Mermillot, obispo de Ginebra.)

«El empleado que descansa periódicamente y que tiene los domingos libres, da en lo demás del tiempo un trabajo más intenso, más inteligente y más sólido.»

(Un ingeniero suizo.)

«El trabajo continuo ejerce una acción funesta sobre nuestra memoria y

sobre nuestras ideas; el trabajo se hace maquinalmente, sin atención y sin iniciativa: la fatiga y la sobreexcitación son las causas primeras de los accidentes que se lamentan.»

(Un ingeniero de ferro carriles.)

«Los pueblos que practican el Decálogo prosperan; los que lo violan decaen; los que reniegan de él desaparecen.»

(Lo Play.)



Excelencias del Ave María según el Bto. Luís Grignón

DICE este Santo: Ha sido preciso que la Santísima Virgen se haya aparecido muchas veces a grandes santos muy esclavos suyos, para manifestarles el gran mérito del Ave María, como a Santo Domingo, San Juan Capistrano y al Bto. Alano de Rupe, los cuales escribieron libros enteros de las maravillas y eficacia de esta oración, sosteniendo públicamente que, por haberse comenzado la salvación del mundo por el Ave María, así también la salvación de cada uno de nosotros está unida a esta divina oración.

El Ave María es la que ha hecho venir sobre esta tierra seca y estéril el fruto de la vida, y esta misma oración bien dicha es la que debe hacer germinar en nuestras almas la palabra de Dios y llevar el fruto de vida, Jesucristo. El Ave María es un rocío celestial que reiga la tierra, es decir, el alma, para hacerla producir su fruto a su tiempo, y un alma que no está regada por esta oración, no da fruto

ni produce más que abrojos y espinas, estando próxima a ser maldécida.

El precio, mérito y excelencia del Ave María o salutación angelica, es conocido de pocos cristianos aún de los más ilustrados.

He aquí o que la Virgen Santísima reveló al Bto. Alano, según lo consigna él en su libro, *De dignitate Rosarii*: Sepas hijo mío, y hazlo conocer a todos, que el tener aversión, flojedad y negligencia en decir el Ave María, es una señal próxima y probable de condenación eterna. Ved ahora cuan consoladoras por una parte y terribles por otra son estas palabras, que no podrían creerse si, por garantía de ellas, no tuviésemos a este varón tan santo, y antes de él a Santo Domingo, y después a otros esclarecidos varones, además de lo que nos dice la experiencia de muchos siglos, a saber: que siempre se ha notado que los que llevan la señal de la reprobación, como son los herejes, los impíos, los orgullosos y los mundanos, aborrecen y desprecian el Ave María y el Rosario.